

Los Libros

CAHUÍN, de *José Miguel Varas Morel.*

Entre las voces sinceras y originarias de una generación que apenas amanece literariamente, surge la personalísima de José Miguel Varas. Voz definida con rara seguridad desde los años en que los más se apartan de la realidad por incapacidad de exaltarla y se diluyen en fantasías convencionales e imitadas.

José Miguel Varas ha elegido, sin proponérselo, el sendero que exige mayor confianza y entusiasmo, simultáneamente que la inexistencia de un severo crítico interior. Allí donde se detienen y huyen los adolescentes soñadores, temiendo caer en lo vulgar y prosaico, para sumirse en el artificio y la frialdad, allí, en la realidad inmediata, ha empezado Varas.

Sus primeros trozos, en efecto, significan la crónica de lo cotidiano, de aquello que, para el adolescente vago y anhelante de exotismo, es la realidad inmediata más angustiosamente es-
, en relación a lo artístico: lo escolar.

Sin afanes de pirotecnia fantástica, sin pretender una prematura actitud mundana o esbozar personajes de varios decenios y escaramuzas eróticas de madurez, cuando se tienen experiencias humanas vagas y reducidas—actitudes insinceras que condenan a muchos adolescentes talentosos a producciones artificiosas y convencionales—Varas ha empezado sencillamente

por hablar de sí mismo, de lo suyo inmediato y conocido, de lo real.

Y esto, por dos razones, que Varas no posee ciertamente en sí un crítico severo y, lo segundo, que juguetonamente ha restado importancia a su obra, no cometiendo el error de sentirse transcendental y definitivo a los dieciocho años.

He ahí sinceridad, honradez, ausencia de aparato y pretensión. Pero he ahí también lo preartístico.

Hemos repetido que en Varas falta ese severo, angustiante e hipertrofiado juez interior de la adolescencia corriente que lleva a la esterilidad artificiosa a la mayoría de los principiantes; en efecto, sus primeras producciones, crónicas amenas e ingeniosas, se exceden en la ocurrencia fácil y se advierten algunos rasgos no tanto de mal gusto como de ingenuidad. Toda aquella crónica primera es ciertamente preartística.

Pero, lo cierto es que José Miguel Varas, gracias a esa actitud, la suya, despreocupada y entusiasta, ha encontrado extraordinariamente pronto la dirección estilística que surge de la realidad cotidiana, de lo vernáculo, sin mayores dilaciones en la fantasía pseudoculta con que algunos buscan esa irrealidad que es el arte. Irrealidad que debe surgir de la realidad y no huyendo de ella.

Porque, aunque se haya dicho hasta la majadería, es preciso insistir en la necesidad absoluta de sumirse previamente en lo autóctono, como única manera de advenir a una creación legítima, esto es, valedera.

El proceso estilístico de Varas es constante y progresivo.

La crónica escolar «Unión Picaporte»—en que la caricatura es un tanto convencional y un humorismo no muy puro y sutil da el tono estilístico—representa el primer intento de exaltación de lo real, consiguiéndose sí, un clima de lozana ingenuidad juvenil, que simboliza a la infancia, justamente conseguido a través de la exaltación, de la caricatura, que, surgiendo de lo real, lo supera.

A propósito de este sentido caricaturesco de Varas es preciso anotar que su creación no alcanza específicamente a caracteres, sino que permanece en la enunciación de arquetipos de sentido humorístico. Estilísticamente, la caricatura lo define. Inclusive al hablar de sí mismo, exagera sus rasgos y logra un humorismo tierno que, en las creaciones posteriores, se agudiza en vigor, llegando a la ironía y a la sátira.

Estilo impuro pues, manifestado en esa infancia—exageradamente ingenua a veces y excesivamente precoz, otras—de «Unión Picaporte», que permanece aún en sus cuentos mejor realizados y más recientes. Todo ello, no obstante, se aprecia claramente como sus obras se van sutilizando y acercando a lo plenamente artístico.

Es pues, en síntesis, una voz inmadura, tierna, con impurezas, lugares comunes en la actitud humorística y rasgos—pocos—de ingenuo mal gusto, pero voz sincera y definitivamente orientada en la dirección que—como expresión de una ley literaria bio-genética—repite en la evolución individual, el desarrollo de las literaturas: surge de lo real exaltándolo primitivamente en lo arquetípico y caricaturesco, para sutilizarse y alcanzar, con posterioridad, un estilo plenamente artístico.

* * *

Las creaciones posteriores a «Unión Picaporte» impuro, primitivo, se advierten cada vez más desenvueltas en una orientación segura y continuada. Consiguen, poco a poco, esa irrealidad, lo artístico, ese tono leve de exotismo, fantasía, pero fantasía con raíces en lo real y matiz netamente chileno, rasgos importantísimos e imprescindibles que justifican esa inmersión primera en lo inmediorreal, preartística, pero históricamente, en absoluto necesaria.

«Goterías» aporta, surgiendo de entre crónicas íntimas, ciertos trozos de poesía ligera y tierna, particularmente el llamado «lluvia»:

* * *

«Por fin el sol reaparece y deja que el viento extienda su corbata de arco-iris. La lluvia, horrorizada, trata de refugiarse en las embarradas callejuelas de las afueras y, acosada por la policía, huye a esconderse entre los vericuetos de la cordillera.

«Durante dos o tres días, las calles se ven muy limpias y brillantes. En los conventillos, las paredes de adobe inclinan un poco más los hombros.

«Los paraguas, nuevamente guardados en los roperos, se duermen y empiezan a soñar con tempestades...»

* * *

La expresión se ha matizado, lográndose una técnica más desenvuelta que se desarrolla con cierta plenitud en los últimos trozos.

Luego sus «Ensayos Irreverentes» verdaderamente deliciosos, en los cuales el humorismo ha alcanzado madurez; aparece lo satírico y, sin mayor agudeza, lo irónico.

La última parte del libro, «Pesadillas» contiene las obras mejor logradas. «Colectas y Alfileres» pequeño cuento de rara perfección y acabamiento es, a nuestro juicio, la culminación de ese estilo ágil, quebrado de ritmos y de clima humorístico cada vez más fino.

De entre lo caricaturesco, lo prosaico, el lugar común y la ocurrencia de valor local y perecedero, brota definido, un estilo ágil, ingenioso y matizado que, conservando tono y ritmo de nuestra tierra, ha logrado la irrealidad poética.

Y os advierto que he ahí un escritor.—FÉLIX MARTÍNEZ.
BONATI.